

Amarillo.

Una experiencia sensorial

Diego Benalcázar Vega

Amarillo, obra de teatro sensorial dirigida por Juan José Ripalda y Rocío Maruri. Versión breve

Amarillo se montó en el Microteatro de La Bota (Malecón del Salado) durante el mes de julio de 2019. Esta fue la segunda puesta en escena de la obra; la primera tuvo lugar unos meses antes durante su estancia en Sinestesia, en formato teatro/instalación.

La obra dura alrededor de 15 minutos. Inicia en un cuarto oscuro en el que varios bombillos suspendidos del cielo lo iluminan con una luz tenue. Los asistentes son ubicados en un lugar específico de la habitación. Comienza con una obra sonora sincronizada a un juego de luces proveniente de las diferentes bombillas. La composición se basa en síntesis y modificación sonora de muestras de grabaciones y archivos posiblemente del compositor. La música y las luces bailan en sincronía mientras diferentes texturas sonoras, sombras y reflejos nos envuelven.

De repente, al son de un pasillo, una mujer entra al cuarto; lentamente se mueve alrededor de las bombillas y el tiempo se acelera mientras cada bombilla se apodera de un sonido diferente: se escucha ahora material más orgánico, crudo y a su vez procesado. De repente llega la calma, ella se sienta a escribir en una hoja en blanco. La oscuridad no permite ver lo que escribe, pero es fácil imaginarlo gracias a sus gestos faciales. Las luces

palpitan, como si la sala respirara. La música y la intermitencia de las luces se vuelven intensas, nos dejan con largos vacíos de luz en los que la actriz crea un tipo de llamado y respuesta entre su cuerpo, las luces y la oscuridad, aprovechando la oscuridad para hacernos sentir que se teletransporta de un lugar a otro de la sala. Los sonidos se intensifican, nos suben y llevan hasta el borde; sin embargo, antes de caer resuelven y nos dejan respirar. Aún abrumados, pero con luz, vemos a la actriz desvaneciéndose en negro. Con un solo bombillo y luz tenue, ella nos lleva al final de la obra.

Sin duda, esta pieza nos lleva por un viaje sensorial desde lo predictivo a lo estocástico, pasando por pequeñas lagunas de calma hasta llevarnos al borde, ese sentimiento de llegar a la cúspide de algún lugar, del que solo puedes caer. Miedo, tensión, y luego, reposo. Los directores hicieron un trabajo excepcional; el nivel técnico y artístico es muy bueno. El sistema de luces, la composición y la actuación es para quedar boquiabiertos.

Al terminar la obra el escenario se transforma en una instalación donde el público puede dar vueltas y disfrutar de este espacio visualmente atractivo. Es el mejor momento para tomarse una que otra foto, un buen *selfie*. Sin duda, una puesta en escena instagrameable. #instaworthy.

Amarillo es único porque muta; ya ha tenido varias versiones y vienen otras más, como en versión instalación montada en las bóvedas del MZ14 para el mMat de la Escuela de Artes Sonoras en agosto del 2019. Su estado mutante permite a los creadores adaptarla a nuevos lugares y públicos, o produciendo nuevas experiencias para los que ya la han visto.

Sin duda es para volverla a ver en su próxima reinención.